

Rafael Briones Gómez, *Prieguenses y nazarenos. Ritual e identidad social y cultural*

Priego (Córdoba), Ayuntamiento de Priego de Córdoba / Ministerio de Educación y Cultura / CajaSur, 1999.

Pedro Gómez García

Recensión en *Demófilo*, nº 33/34, 2000: 321-323.

Este libro es resultado de una amplia investigación sobre la Semana Santa, una de las fiestas más señaladas del año religioso católico en España, llevada a cabo hace ya años, en un pueblo importante de la provincia de Córdoba: Priego. Para el autor constituyó el objeto de su tesis doctoral, presentada en la Universidad de la Sorbona, en París. Inédita durante demasiado tiempo, recibió recientemente el primer premio «Marqués de Lozoya» a la investigación cultural, otorgado por el Ministerio de Educación en 1996. Por fortuna, esta circunstancia ha hecho posible su publicación.

La obra consta de tres partes, que se proponen respectivamente una reconstrucción del ritual, una aproximación sociológica y una aproximación antropológica (y omite una cuarta, la aproximación teológica, que estaba incluida en la tesis original).

La parte primera, presenta y reconstruye el ritual de la Semana Santa de Priego, describiendo minuciosamente lo que denomina morfología y sintaxis del ritual. La «morfología» alude a aquellos componentes que adquieren una relevancia significativa como factores constitutivos del proceso ceremonial. Tales son: Las personas diversas que intervienen, de dentro y de fuera, los actores y los espectadores. Los objetos utilizados como signos: imágenes, túnicas y capiruchos de penitentes, cruces de guía, ciriales, estandartes, banderas y pendones, varas de mando, campanas, incensarios y navetas, atributos de la Pasión, tambores y trompetas. Las comidas especiales que son preceptivas en la ocasión, como el hornazo. La configuración ritual del espacio, con sus puntos estratégicos y privilegiados, y del tiempo, que deviene extraordinario, sagrado, fundante y reactualizador de la tradición. Asimismo, el papel que en el rito cumple a la palabra pronunciada, la del pregonero, la del teatro catequético, la de la predicación litúrgica, la del cuchicheo, los gritos y aclamaciones populares. Y finalmente el cuerpo y sus gestos expresivos. En cuanto a la «sintaxis», se analiza el ritual como un conjunto dotado de coherencia en su estructuración interna y significación cultural y religiosa. Distintas actividades de culto se articulan mediante una misma lógica global. La procesión aparece como categoría que conforma la unidad ritual fundamental, como representación de un drama en el que participan tanto los que están dentro como los que se sitúan fuera. En ella, según todos los testimonios, la subida al Calvario alcanza el clímax simbólico y la máxima intensidad emocional: salida, paso ligero, bendición, saetas y encierro de la imagen en su iglesia. Se explora también la repercusión, irradiación o presencia de la Semana Santa en la vida religiosa y cotidiana del pueblo a lo largo del año. La descripción analítica nos muestra el rito como un cierto lenguaje, estructurado y estructurante, en el que se traduce el sentido que la realidad social e individual da a su existencia histórica. De tal modo que, como dice el autor, «sirve de

vehículo de significados diferentes y cumple funciones sociales determinadas». Puesto que sus dimensiones son múltiples, son menester varios enfoques o lecturas, que nos vayan desvelando lo que allí se comunica.

La segunda parte adopta una óptica sociológica, rastreando las relaciones sociales implícitas en la Semana Santa prieguense: básicamente, lo que atañe a la pertenencia al grupo y la lucha por el poder social. Toda la organización ritual funciona como instancia de integración y de identificación social. Es percibida como algo necesario para el grupo, como fiesta de todos, como una plataforma por la que se accede a una ubicación social en el pueblo: para los emigrantes que, así, mantienen su vinculación, para los jóvenes que aspiran a ser reconocidos adultos; se hace referencia a ella en otros momentos de transición ritualizados: primera comunión, matrimonio y entierro; se inculca a los niños, que juegan imitando las procesiones de los mayores. Como grupos específicos organizadores están las cofradías, que evolucionan a medida que se transforma la estructura social local. Los forasteros y la mujer encuentran igualmente su manera de integración. Aparte de este vínculo de pertenencia, en torno al proceso simbólico de la Semana Santa están en juego relaciones de fuerza y de poder. El ritual conlleva una problemática política. Es objeto de rivalidades entre los grupos. Canaliza y enmascara las luchas por el poder social. El autor analiza los hechos para refrendar la hipótesis de la correspondencia entre el cambio en el plano social y en el religioso-simbólico, cambio operado desde el decenio de los 50 al de los 70, con las transformaciones organizativas y la formación de nuevas cofradías. Quedan al descubierto los mecanismos políticos de la Semana Santa: El clero posee en exclusiva el ritual de los oficios litúrgicos y pretende el monopolio de la ortodoxia religiosa, aunque le resulta inevitable negociar con los fieles, en particular con los organizados en cofradías, y con las autoridades civiles. Se dan conflictos y han de hacerse concesiones mutuas. Lo mismo ocurre en las relaciones entre las cofradías, sobre todo entre «nazarenos» y «columnarios». Se diferencian y se adaptan al nuevo contexto democrático, compiten entre sí, buscan alianzas con el pueblo, se aúnan en la afirmación de la comunidad prieguense.

La parte tercera ahonda en una consideración antropológica cultural, centrada en el simbolismo desplegado por la Semana Santa, en el análisis de la experiencia simbólica y sus mecanismos. El *sujeto* de tal experiencia lo constituye el individuo, o bien la colectividad, que se encuentra paradigmáticamente en una situación de amenaza y necesidad. El individuo acude a Jesús cuando está en apuros, en dificultades o falta, en caso de accidente o de muerte cercana. Siempre se cree posible el milagro. Las situaciones colectivas típicas son los casos de catástrofe, el miedo a la desintegración del grupo y a la violencia. El correlato del sujeto es el *objeto* de la experiencia simbólica, que no es otro que la imagen y el ritual, que sirven de pantalla que permite al sujeto reflejar lo que lleva dentro de sí. Ese objeto, la imagen de Jesús Nazareno y el transcurso procesional, exhibe signos de miseria, violencia y muerte, se dramatiza la irrupción del desorden que luego se reestructura en un orden nuevo. Por eso, se exhiben a la vez signos de grandeza, paz y vida. Es la fiesta mayor, que lleva al paroxismo emocional, a la experiencia de comunión de todos en el mismo símbolo y la pacificación íntima, socialmente compartida. Así, «individuos y grupos se ven

renovados en su existencia». Detrás de esta experiencia, en la relación sujeto-objeto, operan unos mecanismos simbólicos: mecanismo de proyección, de identificación, de sustitución, de polivalencia, de intercambio. ¿Hasta qué punto la lógica de lo simbólico (atada a la emoción y la tradición, a lo irracional) entra en colisión con la lógica racional, basada en el principio de no contradicción? Sin duda cabe mayor elaboración teórica de la relación compleja entre el pensamiento mítico-simbólico y el pensamiento empírico-racional, pero la obra reseñada deja diáfano el hecho de que el dispositivo simbólico posee una eficacia sociocultural y psicosocial incuestionable (por mucho que pueda y deba serlo su sesgo particular).

El libro termina con varios apéndices documentales sobre la historia de las cofradías y otros textos relativos a las procesiones.

La lectura de esta obra puede llegar a ser apasionante para los interesados en conocer, de cerca y de primera mano, todos los entresijos de un fenómeno tan extendido por Andalucía, para cuya comprensión se nos ofrecen además unas claves excelentes. Pocos han sido capaces, como Rafael Briones, de conjugar en sí mismo la habilidad de adentrarse experiencialmente en la fiesta ritual y, al mismo tiempo, tomar distancia crítica y analítica con respecto a ella, complementando magistralmente la observación participante con la mirada distante, ambas imprescindibles en el oficio de antropólogo.